

# Algo que ocultar

Ana Zarauza





Algo que ocultar



Ana Zarauza

# Algo que ocultar

septem   
ediciones

*Algo que ocultar*  
SEPTEM LITTERA

Primera edición: febrero, 2015

© 2015 Ana Zarauza  
© de esta edición: Septem Ediciones, S.L., Oviedo, 2015  
e-mail: [info@septemediciones.com](mailto:info@septemediciones.com)  
[www.septemediciones.com](http://www.septemediciones.com)  
Blog: [www.septemediciones.es](http://www.septemediciones.es)  
También en Facebook, LinkedIn y Twitter.

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin previo permiso escrito del editor. Derechos exclusivos reservados para todo el mundo. El Centro Español de Derechos Reprográficos (CEDRO) vela por el respeto de los citados derechos. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. La editorial no se hace responsable, en ningún caso, de las opiniones expresadas por el autor. La editorial no tiene obligación legal alguna de verificar ni la veracidad, vigencia, exhaustividad y/o autenticidad de los datos incluidos en el texto, por lo que carece de responsabilidad ante los posibles daños y perjuicios de toda naturaleza que pudieran derivarse de la utilización de aquéllos o que puedan deberse a la posible ilicitud, carácter lesivo, falta de veracidad, vigencia, exhaustividad y/o autenticidad de la información proporcionada.

FOTO CUBIERTA: Mar González Cancio  
FOTO AUTORA: Julio Rocés González  
DISEÑO Y COMPAGINACIÓN: M&R Studio  
ISBN: 978-84-16053-34-6  
D. L.: AS-440-2015  
Impreso en España—*Printed in Spain*

*A Pelayo y a Alicia, por su ilusión.*





## AGRADECIMIENTOS

Son tantas las personas a las que tengo que agradecer que este libro vea la luz que, sinceramente, me siento dichosa. La lista es larga, solamente espero que no se me olvide nadie y si es así, espero que me disculpe.

Vaya mi primer y sincero agradecimiento para mi editora, Marta Magadán. Cuando me presenté en su despacho con el libro en la mano y el corazón desbocado por el gran paso que iba a dar, me recibió con los brazos abiertos y una sonrisa que no olvidaré.

Mil gracias a mis primeros y queridos lectores: Ignacio Arjona, María F. Olalla y Marta Tagarro. Ellos lo han leído según salió de mi cabeza, sin correcciones y fueron mi primer impulso para seguir adelante.

Y como no, a mis amigas-correctoras: Anusca Concha, Eva Martín y María Alonso, que con sus aportaciones han convertido este libro en lo que es. Su entusiasmo casi supera el mío.

A mis amigos: Ana Maneiro, Javier Álvarez, Mada Colodrón, Manuel Balmori, Mar González, Marta Noriega, Paula Gómez, Sandra Iglesias y Tere Fernández. Poco a poco, según iban leyendo, iban alentando mi espíritu escritor. Ha sido genial e imprescindible contar con vuestras opiniones.

A María J. Olay por su sabiduría en medicina y su ilusión por esta novela. Y a Carlos y a Carus, que pertenecen al cuerpo de la Guardia Civil. Con sus conocimientos me han aclarado muchas dudas en cuanto a la forma de actuar de la Policía Judicial.

Ángeles Rocés y Jorge González, merecen una mención muy especial. Sus sugerencias y su aliento desde que les conté que me había embarcado en esta aventura, fueron esenciales para creer que era posible.

A mis padres les debo gratitud eterna por la cantidad de horas que, sobre todo en vacaciones, se ocuparon de los niños mientras yo me dedicaba a escribir encerrada en el despacho. Y por supuesto al resto de mi familia: mis hermanos, mis cuñadas, mis tías,... por vuestro apoyo incondicional.

Por último y no por ello menos importante me quedan mis tres compañeros de viaje: mis dos hijos Pelayo y Alicia, y mi marido, Julio. Gracias por todo el tiempo que os he robado y que habéis sabido entender. Y por supuesto gracias por esa magnífica foto, Julio. Gracias de corazón.



*No sabía cuándo, pero tenía el convencimiento de que el momento de su venganza estaba cerca. Por fin podría apaciguar el ardor y el odio que a lo largo de tantos años, se había ido acumulando y se repartía por todo su ser.*

*Cuando lo supo, no lo pudo evitar. La sed de venganza había arraigado en su interior alimentándose con el transcurso de los años hasta convertirse en su dueña. Toda su existencia cobraba sentido en torno a ese instante. La excitación por su proximidad invadió su cuerpo hasta el punto de tener que liberar un estruendoso alarido.*

*Pronto, muy pronto llegaría el día en que su alma descansase y esa insoportable quemazón le abandonaría. Antes de lo que podía imaginar...*



A primera hora de aquella invernal mañana de domingo, Raquel había quedado con Miguel. La noche anterior, él la había llamado al móvil. Quería verse con ella. Su voz era intranquila, incluso nerviosa y eso no era propio de él. Cuando se lo comentó a Álex, su marido, por un momento temió verse envuelta en otra de sus interminables discusiones. Sin embargo, tras unos segundos de tirantez, él transigió pese a que no le entusiasmaba la idea.

Ese día se levantó temprano alentada por su cita; le intrigaba la impaciencia de Miguel por verse con ella. Después de ducharse y de tomar un ligero desayuno, subió apresurada las escaleras del adosado hasta llegar al dormitorio. Allí se detuvo durante unos segundos delante del armario con las puertas abiertas de par en par. Tardó poco tiempo en decidirse; necesitaba ropa cómoda para moverse con facilidad por la obra que estaban acometiendo y, además, tenía prisa. Se decantó por unos vaqueros excesivamente desgastados que se ponía en contadas ocasiones, una camiseta térmica de manga larga, un jersey azul de lana gruesa y cuello alto y sus viejas zapatillas de deporte. A esas horas de la mañana el frío invernal penetraba por cualquier resquicio, por lo que resolvió completar su atuendo con el cálido plumífero que le habían regalado sus padres recién iniciado el otoño y una bufanda enrollada alrededor del cuello. Con todo, se sentía acalorada y bastante ceñida, aunque, por otro lado, sabía que sería insuficiente para combatir la frialdad de los muros del desangelado hotel aún por finalizar.

Mientras Raquel terminaba de prepararse, Álex había aprovechado para escaparse a por la prensa a un bar ubicado en la carretera general, casi enfrente del hotel. A su vuelta, ya estaba lista para marchar. Se despidió de él obsequiándole con un beso en la mejilla que él aceptó de buen grado abrazándola tiernamente. Echaba de menos los impulsos cariñosos que ella siempre había tenido; la quería con toda su alma y ya no sabía qué hacer para recuperarla.

—¿Tienes que ir? —preguntó a la desesperada con la esperanza de que dijera que no cogiendo dulcemente su mano.

—Sí. Ya habíamos hablado de este tema Álex... —le reprochó ella soltándose.

—Lo siento. Vete tranquila —replicó resignado con una sonrisa que disipó cualquier atisbo de duda.

Mientras se marchaba, se quedó pensativo observándola. Durante un buen rato permaneció de pie, inmóvil, con la cabeza en otro lugar. Aún ensimismado decidió recostarse en su sillón preferido y olvidar. Desde ahí lo tenía todo controlado. Mateo y Sara ya desayunados y vestidos estaban viendo un capítulo de *“Phineas y Ferb”*. Ana, aún en pijama, jugueteaba a su alrededor mientras él ojeaba el periódico.

Raquel salió de casa convencida de que el ambiente quedaba bastante tranquilo, lo que apaciguó, en cierta medida, su espíritu, maltrecho desde hacía unos cuantos meses. Percibió en la cara el gélido viento del temporal que azotaba la costa en esos rezagados días de invierno, ya próxima la primavera. Curiosamente, cualquier otro domingo estaría en ese mismo lugar preparándose para correr con Rosa, su recién e inseparable amiga desde su traslado el pasado julio. Pero tras la llamada de Miguel había cancelado su cita semanal con ella. Aún en el porche, aspiró una bocanada de aire que inundó sus pulmones del frescor y de la tranquilidad de la mañana de Póo, un hermoso pueblecito costero muy próximo a la villa de Llanes. Caminó por los adoquines color caldera, recordando fugazmente los últimos meses. Esos pensamientos atormentaban su mente. Rememoró apesadumbrada su primera cita con Nacho Ferrán, psicólogo y amigo desde sus tiempos universitarios. Agonizante era la palabra que mejor la definía. Habían acudido a él en busca de ayuda para salvar su matrimonio y tras varias sesiones, les había aconsejado que se fueran a vivir a una zona rural alejados de Oviedo y de cualquier ciudad. Así se distanciarían de la caótica vida que llevaban y por supuesto de Natalia, la chica con la que Álex había mantenido su aventura y a la que veía todos los días en el trabajo para exasperación de Raquel.

Y allí estaban. Enfrascados en la reforma de la Casona de Indianos que Raquel había heredado de su abuela. Antaño había soñado, en secreto, convertirla en hotel. Pero nunca se había atrevido a proponérselo a Álex hasta que el consejo de su buen amigo Nacho comenzó a calar en su mente. Tenía que llamarlo para agradecerle todo lo que había hecho por ellos, se dijo.

Cerró tras de sí la verja que daba paso a la urbanización. Caminó escasos metros hasta llegar a la carretera general. Giró a la izquierda y continuó por la acera que bordeaba las casas que limitaban con la calzada y que se ensanchaba y estrechaba caprichosamente.

El comienzo en Llanes había resultado bastante menos complicado de lo que se había imaginado pese a las profundas heridas que aún permanecían abiertas y que lastraban su relación con Álex. Y eso alentaba la idea de que la decisión de irse a vivir a Póo, había sido un acierto. Tales pensamientos la animaron, alejando por un momento la oscura sombra que se cernía sobre ellos.

Ese día, Juan se levantó antes de tiempo a pesar de que era su único día de descanso. Su excitación era más que evidente, pero como vivía solo desde su divorcio hacía ya un año, no tenía que ocultarse de nadie. Por fin había puesto contra las cuerdas a Miguel y le había arrancado la promesa de que le pagaría una parte de lo que le debía. Lo necesitaba. Su exmujer lo acosaba constantemente y ya no atendía a excusas de ningún tipo. Aunque tampoco era de extrañar. Llevaba tres meses sin pasarle la manutención de sus hijos, y tres meses era mucho tiempo. Sobre todo para ella, que nunca llegaba a final de mes. A él le daba igual si no tenía para comer, poco le importaba. Pero sus hijos... No lo podía consentir. Eran carne de su carne y haría lo que fuera por ellos. Ella, rencorosa, le echaba en cara la necesidad que sus hijos pasaban. Y, además, había cumplido su palabra: ya no le permitía verlos. En su última discusión le había asegurado que no los vería hasta que le pasase la pensión alimenticia. Y eso, para Juan, era insoportable. Cada vez que lo pensaba le hervía la sangre. Pero ese día, por fin podría entregarle todo lo que le debía y ver a los niños. Por fin la haría callar.

Sin nada que hacer daba vueltas por la casa, deseoso de que pasara el tiempo. Imaginó el reencuentro con sus hijos; ellos eran la razón de su existencia. Pensó en comprarles algún regalo. Con el dinero que le iba a pagar Miguel, podía permitírselo, soñó alborozado. A ella le compraría un bonito vestido a juego con unos zapatos. Quería verla como a una de esas niñas que disponían de un armario repleto de vestuario. Al chaval, aún no lo tenía claro. Lo que él quisiera, seguro que algo electrónico. La idea avivó su nerviosismo.

Estaba tan alterado que no veía la hora de verse con Miguel. Y aunque aún era pronto y la distancia corta, decidió salir de casa y acabar con aquello lo antes posible. Temía que Miguel le viniese con alguna de sus excusas y esa incertidumbre le corroía, aunque de ser así no le serviría de nada. Estaba decidido a hacer lo que fuera para conseguirlo. Se lo debía a sus hijos y eso era sagrado. Además, se había adelantado a los acontecimientos y había quedado con su exmujer después de ir a la iglesia. Entonces saldaría su deuda. Él le había propuesto esa hora a sabiendas de que llevaba a la niña a catecismo y a continuación a misa y que, al menos a ella, por unos minutos, podría verla. No había marcha atrás...

Cuando Raquel llegó, la herrumbrosa y ornamentada verja la recibió abierta de par en par. No le sorprendió ver en el interior del recinto la furgoneta de Miguel. Estaba aparcada frente a la entrada principal del palacete con las portezuelas de atrás entreabiertas. Ya había llegado, concluyó. Y a su semblante asomó una avivada sonrisa. Ese hombre le transmitía mucha tranquilidad

y optimismo; le encantaba estar a solas con él, y sobre todo, escuchar sus explicaciones mientras lo seguía por la obra.

Observó sobrecogida los jardines de la casa. Se podía encontrar todo tipo de desperdicios imaginables: latas de refrescos vacías, bolsas de supermercado, envoltorios de chocolatinas, y por supuesto restos de los materiales que se estaban empleando en la obra; todo ello entreverado con alguna que otra planta que lograba sobrevivir y, por supuesto, con los centenarios árboles que coexistían por todo el jardín. Obvió aquella anarquía. Rodeó la furgoneta y accedió por la escalinata al vestíbulo del hotel. Entretanto, se recogió el enmarañado pelo con una goma que acostumbraba a llevar a modo de pulsera, paliando el desastroso efecto que la galerna le había provocado en su media melena.

Llamó alegremente a Miguel convencida de que estaba esperándola. No obtuvo respuesta. Se adentró en el edificio con la certeza de que estaba en alguna zona desde la que no podía oírla. Lo llamó de nuevo, pero tampoco en esa ocasión hubo respuesta. Un ruido lejano llamó su atención y la distrajo de sus pensamientos. Aguzó el oído sin éxito alguno. Llamó de nuevo a Miguel. Nada. Fue avanzando recelosa por lo que sería la recepción hasta llegar a la entrada del salón verde, al que ya habían bautizado por el color con el que iba a ser pintado. Observó el notable ventanal de tres cuerpos, que se abría al exterior y que daba a una hermosa terraza en el lateral izquierdo del edificio. A través de él penetraba una luz tenue. Se acercó unos pasos y ante sus ojos se dibujó un cielo color plomizo que presagiaba el temporal de viento y agua que habían anunciado en las noticias. Únicamente unos tímidos rayos de sol se filtraban por entre las espesas nubes. Un soplo de aire frío la estremeció. Observó que la ventana que daba salida a la terraza, situada más a la izquierda, estaba abierta. Resuelta, se acercó y la cerró. Un temblor recorrió su cuerpo. De pronto tuvo la sensación de que algo que le era imposible precisar se le antojaba familiar y cercano. Sin embargo, su cerebro olvidó esa imagen al escuchar de nuevo el mismo ruido. Parecía algo que golpeaba repetidamente contra una pared. Un ruido que por algún motivo la estremecía. Todo su ser se orientó hacia el lugar de donde provenía. Su cuerpo, su mente, hasta su expresión se centraron únicamente en ese incesante golpeteo. Procedía de la planta de arriba. De eso estaba segura. La impresión de que algo extraño pasaba la invadió de tal manera que por un momento no se atrevió a moverse. Evitaría delatar su presencia, pensó aterrada.

Resolvió avanzar sigilosa poco a poco hacia el lugar de donde provenía. Miguel no respondía y ese ruido... Por su cabeza pasaron miles de dramáticas y espeluznantes imágenes, resucitadas de los centenares de películas de terror que había visto. Álex tenía razón cuando le insinuaba que renunciara a ver esas películas. Sin embargo, a ella le encantaban. A su mente acudió el recuerdo de una de ellas. Tenía quince años. Había ido al cine con su amiga del alma a ver



“*Los chicos del maíz*”. Realmente aterradora. No habían parado de gritar en toda la película. En el momento lo pasaba terroríficamente mal y mientras duraba la proyección se prometía renunciar a las películas de miedo. Pero cuando ya había finalizado, le invadía el ansia por volver a sentir la adrenalina recorriendo todo su cuerpo. Un nuevo estruendo la devolvió a la realidad.

Contuvo la respiración estimulando todos sus sentidos para captar algo más, pero le era imposible. La penumbra que se adueñaba sobre muchos de los recodos de la casa, a pesar de los amplios ventanales conservados de su arquitectura primitiva y el incesante ulular del viento, dificultaban su percepción. Y aunque intentó afinar el oído, no escuchó nada, pues su respiración agitada y su corazón palpitando a una velocidad fulminante tampoco ayudaban. Percibía cómo la sangre le circulaba pesada por el cuerpo y el miedo le provocaba una conmoción que le impedía pensar. En un momento de lucidez decidió tranquilizarse. Al menos lo intentó. “¿Por qué me pongo así?, ¿qué me puede pasar?” Estamos en un pequeño pueblecito muy tranquilo en el que la noticia más pretenciosa no deja de ser un humilde cotilleo. Carece de sentido lo que me estoy imaginando. Demasiadas películas de terror, concluyó poniendo los ojos en blanco. Momentáneamente había conseguido tranquilizarse, pero al oír otra vez ese ruido, las alarmas se habían vuelto a disparar. No valía de nada convencerse de lo contrario. Estaba terriblemente asustada.

Podía echar a correr y salir de la casa sin mirar atrás. Era lo más prudente. Pero algo le impedía darse la vuelta y salir por la puerta. No podía irse sin comprobar qué era lo que estaba ocurriendo y sin saber por qué Miguel no respondía a su llamada. ¿Qué quería contarme?, ¿tan urgente era para vernos un domingo?, ¿y por qué no me responde? Decenas de preguntas sin respuesta se agolpaban en su mente. Las dudas empezaban a atormentarla. Aún así, avanzó lentamente hasta el nacimiento de la majestuosa escalera de la casona. Puso un pie en el primer peldaño con la esperanza de que el crujir del suelo de madera de castaño no delatará su presencia. No fue así. Anunció su ubicación nada más apoyar el pie como si dispusiera de un sensor especial. El crujido le provocó un acto reflejo que la obligó a cerrar los ojos. Se encogió de hombros y frunció toda la cara como si eso impidiese que alguien, el que fuera, la escuchara o la viera. Tenía miedo, mucho miedo...

Esperó unos segundos. Se concentró intentando averiguar desesperadamente qué era lo que estaba pasando. Nada. Solamente ese golpe exasperante, una y otra vez. No sabía qué hacer. Estaba confusa. Sin quererlo, se sorprendió poniendo el otro pie sobre el segundo escalón de la noble escalera. Procuró subir pegada a la barandilla convencida de que la madera crujiría menos. O quizá necesitaba sujetarse... Sus deducciones eran inciertas. El golpeteo de su corazón contra el pecho la impresionó. Lo sentía tan fuerte...

A medida que iba avanzando por las escaleras, los golpes se agudizaban. Al llegar a la primera planta, tuvo la certeza de que el ruido provenía del ala izquierda del pasillo, incluso apostaría a que el ruido provenía de la habitación más cercana a las escaleras. Al menos se trataba de la zona más luminosa de la planta gracias a que el lucernario del tejado filtraba un tenue resplandor emitido por las ensombrecidas nubes. El miedo que la embargaba le provocaba una respiración entrecortada, descontrolada, dejando de ser una tarea mecánica para convertirse en una ocupación que debía recordarse. Recelosa, respiró profundamente en un conato de valentía por avanzar hacia lo que entendía como su cometido. No sabía lo que se iba a encontrar y tampoco si estaría preparada para ello. Sólo tenía la certeza de que algo estaba ocurriendo y una infinidad de preguntas sin respuesta. Paralizada durante unos segundos, su semblante se estremeció. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo. Sudaba en frío. La tensión que le provocaba el miedo le levantó un profundo dolor de cabeza. Aún así, optó por avanzar. Cuando llegó a la altura de la habitación posó su mano temblorosa en la antigua manilla de herraje de forja que, tras su restauración, brindaba un fundado esplendor a la puerta, también restaurada y de aspecto señorial. Le temblaba todo el cuerpo. Accionó la manilla pausadamente, poco a poco. Hasta que decidida lanzó la puerta contra la pared mientras pegaba un salto hacia atrás como para protegerse de algo o de alguien. Por unos segundos contuvo la respiración. Tras ellos un inesperado resoplido salió de su boca liberando parte de la tensión acumulada al comprobar que, el golpe, era provocado por una de las ventanas de la habitación agitada persistentemente por el viento. Ese gélido viento que había inhalado de camino al hotel la zarandeaba. Avanzó hacia ella a través de la espaciosa habitación. Por el camino, sorteó un desgastado tablero alzado sobre dos caballetes que estaba situado en paralelo a los cuatro ventanales. En él se podía ver un plano desplegado en toda su extensión. Indudablemente Miguel había estado allí. Con las manos aún temblorosas cerró la ventana. Seguramente Miguel o algún obrero la habrían olvidado abierta, especuló. Apoyó sus manos en la repisa de madera envejecida para sostener su cuerpo y evitar desplomarse. La cabeza le iba a estallar. Notaba el bombeo de la sangre en las sienes. Alzó su mirada hasta observar a través de la ventana cómo el viento removía las ramas de los árboles y las agitaba desordenadamente. Las impenetrables y sombrías nubes avanzaban cubriendo el cielo con una espesa manta de algodón grisáceo. Pese a lo que pudiera parecer, una ola de bienestar arrolló su ser. Le encantaba disfrutar de los días de tormenta, viento y lluvia. Se imaginaba bajo el calor del hogar con la leña chisporroteando, acomodada en su sillón orejero de cuadros azules y *beiges*, típico de las casas de la campiña inglesa o de la Provenza francesa, observando cálidamente el temporal. Resopló. Con una renovada serenidad, se dio media

vuelta y se encaminó de nuevo al pasillo. Entonces lo vio. Un grito ahogado surgió de lo más profundo de su garganta sin dar crédito a lo que sus ojos veían. Un líquido aparentemente espeso, de color intenso, asomaba a través de la puerta entreabierta del baño ubicado en la habitación presagiando alguna fatalidad. Se acercó. Apoyando únicamente las yemas de los dedos, empujó la puerta con sumo cuidado, palmo a palmo, corroborando que el líquido se esparcía e inundaba una buena parte del suelo. Algo que no podía ver desde el ángulo en el que se encontraba detuvo el avance de la puerta. Su corazón volvía a estar desbocado. En sus oídos escuchaba su pulso acelerado. Balanceó lentamente el cuerpo para sostenerlo sobre el lado izquierdo. Temerosa, bordeó la puerta hasta visualizar lo que le impedía abrirla. Allí estaba Miguel. Desangrándose en el suelo. Con la mirada vacía, sin vida, perdida en algún lugar difícil de determinar, en la nada. Un reguero que partía de su cabeza se había deslizado hasta llegar a formar un ingente charco escarlata. La sangre llevaba algún tiempo derramada teniendo en cuenta el espesor, aunque no lo suficiente como para que estuviese reseca. Un azaroso alarido surgió de su interior. Quedó inmovilizada por unos segundos con el cuerpo agarrotado. El terror se reflejaba en el rostro. Sus ojos rehusaban la dramática imagen que veían. Sintió pánico y, sin saber cómo, salió precipitadamente de la habitación corriendo hacia las escaleras. Sus piernas no podían ir tan rápido como su mente deseaba y en los últimos peldaños, donde más se curvaba la escalera, tropezó y cayó rodando por los que aún le quedaban por bajar. El tremendo golpe en la cabeza que vino después la dejó inconsciente en el suelo...

Julia Posada llevaba más de cinco años trabajando en el cuerpo, cuatro de ellos en el cuartel de Oviedo. Vivía una tormentosa relación con su pareja, Carlos, desde su traslado a Llanes, hacía algo más de un año. Cuando Carlos finalizó la carrera de económicas y regresó a su Llanes natal para dirigir el negocio familiar, su relación comenzó a tener problemas. Entonces, solamente se veían los fines de semana siempre y cuando ella no tuviese guardia. Acostumbrados como estaban a verse a diario en el piso que Carlos tenía alquilado en Oviedo junto con dos compañeros, el cambio no les había favorecido. Casi por desesperación, al poco tiempo, decidieron aventurarse a vivir juntos confiados en que las cosas volverían a ser como antes. En aquellos tiempos, su relación era envidiable, pero objetivamente, tras un año de convivencia, no iba cómo cabía esperar. No obstante, Julia no se rendía. Estaba enamorada de él y persistía en darse las oportunidades que hicieran falta. Vivían en uno de los edificios recién construidos que daban al otro lado del pueblo, en la entrada oeste. El alquiler era algo más caro de lo que deseaban, pero cuando vieron el

apartamento les cautivó y no se lo pensaron. Además el estudio en el que vivía Carlos en Llanes era demasiado pequeño para los dos y el nuevo apartamento disponía de dos habitaciones.

Julia poseía una belleza natural, aunque seguramente su falta de sofisticación le impediría ser elegida para una de las portadas de alguna revista de moda. Su pequeña nariz, sus marcados labios y sus moteados ojos verde-uva completaban favorablemente su aspecto. Su mirada inocente a ratos y experimentada en otros, dejaban entrever una mujer sincera y confiada, gustosa de su forma de ser. Eso potenciaba su belleza natural. Habitualmente llevaba su lacia melena avellana recogida en una cola de caballo por la comodidad que le permitía en su trabajo. Rondaba el uno setenta de estatura, lo que le daba gracilidad a su cuerpo a pesar de que usaba una talla más de la que ella deseaba. No estaba gorda, pero sus marcadas caderas la obligaban a cuidar mucho su alimentación por el infortunio de que todo lo que comía se situaba precisamente ahí.



Cuando Raquel y Alex deciden trasladarse a vivir a Llanes con sus tres hijos y reformar en hotel la Casona de Indianos que recibieron en herencia, no se podían imaginar que se verían envueltos en asesinatos, traiciones, pasiones, engaños y desengaños que devastarán por completo su futuro.

Miguel, el contratista que lleva a cabo la reforma, es descubierto por Raquel moribundo en una de las habitaciones del hotel. Tras un fuerte golpe en la cabeza, la amnesia impedirá que Raquel recuerde lo ocurrido.

El pasado pesa más de lo que parece. Algo ha sucedido en el hotel que revive los peores sentimientos humanos.

El sargento Javier De La Fuente de la Policía Judicial de Gijón, y la cabo Julia Posada, del cuartel de Llanes, serán los encargados de llevar a cabo la investigación. Su complicada relación desde el inicio envuelve a Posada en una tormentosa situación.

Todos tienen algo que ocultar y su secreto les hace culpables.

Nada es lo que parece....



septem  
ediciones

ISBN: 978-84-16053-34-6



9 788416 053346